

Revista Teológica



Publicación Trimestral de Teología y Homilética

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
Relación entre la Iglesia Católico-Romana y la Evangélica.....	1
¿Cómo se interpreta la resurrección de Jesu- cristo en los tiempos actuales?	15
Bosquejos del Antiguo Testamento.....	23
La cama corta y la manta estrecha	33
Bosquejos para Sermones.....	40
Cómo Cristo cumplió la Ley	47

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Homilética

LA CAMA CORTA Y LA MANTA ESTRECHA

"La cama será corta para poder estirarse, y la manta estrecha para poder envolverse.

Isaías 28:20

Señoras y Señores:

He aquí un texto raro tras del cual se esconde una gran verdad teológica.

Cuéntase que Eleusis era un pueblecito que estaba situado en el camino que une las grandes ciudades de Atenas y Corinto. Cerca de este pueblecito se encontraba la guarida de un notable ladrón y bandido llamado Proustes. Tenía este bandido en su guarida dos camas: una larga y otra corta. Cuando llevaba sus víctimas a la cueva las hacía acostar en una de esas camas. Si el prisionero era hombre alto, lo metía en la cama corta y le amputaba las extremidades a fin de que *se sintiera cómodo*; pero si el prisionero era hombre de baja estatura, lo hacía acostar en la cama larga y con un aparato de cuerdas le estiraba las piernas *para que se sintiera cómodo*. De aquí el dicho: "La Cama de Proustes" aplicado a las personas que miden las ideas ajenas por las suyas propias.

En el texto elegido para este sermón nos presenta el profeta Isaías una cama semejante a las que usaba el bandido de la leyenda para acostar sus víctimas; una cama en realidad muy poco confortable para poder descansar en ella y con una manta tan estrecha que es desde todo punto de vista sumamente inútil para cubrir el cuerpo en una noche de invierno. "La cama será corta para poder estirarse, y la manta estrecha para poder envolverse". Tal es la notable metáfora que el profeta Isaías, maestro elocuente en metáforas, usa en su libro para describir a Dios. Ese plan no puede ser otra cosa que como una cama un plan de vida: nacional o personal, que no tenga en cuenta corta sobre la cual haya una manta estrecha.

La nación que no toma en cuenta a Dios

La aplicación inmediata de esta metáfora de Isaías está relacionada con las condiciones nacionales e internacionales que existían en Judea y Jerusalén. En lugar de confiar en Dios y en su justicia y en una conducta en armonía con esa voluntad y esa justicia, en lugar de poner en práctica la política que el profeta había bosquejado para ellos, los dirigentes del pueblo en Jerusalén pensaban más bien en alianzas con países extranjeros: unas veces con Asiria y otras con Egipto.

El profeta había dicho muchas veces que tales alianzas eran sólo refugio de locos, que ellas no conducirían a ninguna otra cosa que al más triste de los fracasos. Los dirigentes de Jerusalén, al poner en práctica tales alianzas, no estarían haciendo otra cosa que aliarse con la muerte misma. Esas medidas, esas alianzas, eran tan inadecuadas como una cama demasiado corta que poseyera sobre sí una manta estrecha.

Como todo lo que dice la Biblia esta metáfora de Isaías resultó ser la verdad. Judea, Asiria y Egipto, como existían en la época del profeta, han desaparecido; pero el mensaje de Isaías ha sobrevivido el correr de los siglos. "¡Dios es nuestra defensa!" Decídmelo: ¿Cuál de todos esos dictadores que hemos conocido levantándose como Colosos, cuál de ellos — repito — reconoció en su soberbia la Ley Moral de Dios, o el Reino de Dios, o la autoridad de Jesucristo? ¿A qué político le hemos oído decir en sus campañas electorales que ha sonado ya la hora de dejar de engañar al pueblo y volver a Dios?

Cuando el apóstol San Pablo fué embarcado para ser llevado a Roma, observando que la navegación era peligrosa, díjole al centurión: "Veo que la navegación va a ser en perjuicio y mucha pérdida, no sólo del cargamento y de la nave, sino también de nuestras personas", pero el centurión daba más crédito al piloto y al patrón de la nave, que a lo que decía el siervo de Dios. El centurión confiaba más en los expertos en navegación que en las palabras de San Pablo y el resultado fué que la nave naufragó.

En la política nacional, en la actualidad, los centuriones que están mandando el barco del Estado están prestando más atención a los expertos en finanzas, en economía, en ciencia y

en política que a la opinión del hombre de Dios y al mensaje de Dios que ese hombre presenta.

En la vida nacional se está haciendo caso omiso de la relación que existe entre moralidad y prosperidad nacional, y esto es muy peligroso, la historia nos lo confirma. Causa extrañeza que los hombres que dirigen los destinos de la Nación ni vean, ni piensen que no es posible mantenerla en pie si no es con la verdad y la justicia. Lo que está ocurriendo, así como la historia del pasado, son pruebas inequívocas de que la historia es siempre el juicio de Dios. ¡Las naciones que no toman a Dios en cuenta van al infierno! Es necesario que tanto los dirigentes políticos como los ciudadanos no lleguen a olvidarse que "Si Dios no construye la casa, en vano han de trabajar los que intenten levantarla; que si Dios no guarda la ciudad, en vano velará el centinela."

La vida que se despreocupa de las demás

Aunque la metáfora de Isaías es solemne y aguda cuando se la aplica a la vida nacional, tiene también un profundo significado cuando se la aplica a la vida de los individuos. Todo plan de vida que no incluya a Dios, la oración, la adoración y la fe no será otra cosa más que un plan de vida que probará finalmente ser completamente inadecuado para las necesidades del alma humana. Tal plan de vida será semejante a una cama demasiado corta para que un hombre pueda estirarse en ella, y semejante a una manta tan estrecha que el que se quiera tapar con ella no pueda librarse del frío de la noche.

Un plan de vida que no tome en cuenta al prójimo, es un plan demasiado corto y demasiado estrecho. Un plan misional que sólo tome en cuenta a hombres y mujeres de determinada raza y excluya a los que tengan diferente pigmentación o idioma es un plan tan corto y tan estrecho que no es posible ni pensar que pueda contar con la aprobación de Dios. Si no estamos dispuestos a compartir con otros nuestra vida abundante en Cristo, no viviremos ni para Dios, ni para el prójimo, ni para nosotros mismos. Las palabras bíblicas: "Nadie para sí mismo", todavía están llenas de significado y de verdad. Los que no quieren realmente compartir su fe cristiana con otros hombres

de otras razas son egoístas, se sienten infelices y no poseen el espíritu de Jesús quien dijo: "Id por todo el mundo, y haced cristianos de Todos los gentiles."

El mensaje de Cristo y las esperanzas de la vida cristiana, no pueden amoldarse a ningún plan misional que excluya clara o indirectamente a hombres y mujeres de otras razas y de otras lenguas. El apóstol San Pablo hace resaltar la verdadera nota de la vida cristiana cuando exclama que "se considera deudor a todo el mundo." La nota actual de los ciudadanos, incluyendo a los que se llaman cristianos, es que se está pensando mas en lo que el mundo nos debe, en lo que la nación nos debe, en lo que la comunidad nos debe y en lo que la iglesia nos debe, y no en lo que nosotros debemos al mundo, a la nación, a la comunidad y a la iglesia.

Como iglesia poseemos la Palabra de Verdad; creemos con razón que "el Evangelio es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree", pero como individuos cristianos estamos careciendo del espíritu vivo y práctico de querer compartir con otros ese Evangelio, esa Palabra, sin que el otro se sienta menospreciado. Nos estamos pareciendo al bombero que tiene en sus manos una manguera que bien puede apagar un incendio del que pueden llegar a salvarse muchas vidas, pero que al observar que los que han de salvarse no tienen el mismo pigmento de su piel, prefiere no abrir la manguera.

Una vida que deja afuera la cruz

"Yo no soy peor que los demás hombres". Esto es un plan que es demasiado estrecho para el hombre. "Refugiarse en la propia justicia, es equivalente a echarse en una cama demasiado corta para descansar en ella: la cama de la moralidad, la cama de la bondad, la cama de las buenas obras.

Los hombres acostumbramos a juzgarnos a nosotros mismos y nos encontramos "buenos", ¡muy buenos! posiblemente: ¡demasiado buenos! y concluimos pensando como el fariseo de la parábola que daba gracias a Dios porque no había en todo el mundo un hombre tan bueno y tan justo como él creía serlo. Los tales hombres llegan a la conclusión que ellos no tienen necesidad de la justicia de Dios en Cristo. Ellos suelen decir:

“El Sermón del Monte es mi religión” y se olvidan que la norma requerida por este sermón es “ser perfecto como Dios es perfecto.” Otros se atreven a decir: “Soy tan bueno como la mayoría de los hombres, y si cometo alguna equivocación o transgresión, Dios en su misericordia *deberá hacer la vista gorda.*” Y estos hombres que así piensan y así dicen ignoran o pretenden ignorar que la única justicia de valor para el alma humana es la que fué proclamada sobre la cruz de Cristo.

La propia justicia es en realidad una cama demasiado corta para el bienestar y la salvación del hombre; es tan inadecuada como una manta sumamente estrecha en la que un hombre quiera envolverse para librar su cuerpo de las inclemencias del tiempo. Lo inadecuado de ese plan de vida y de salvación está demostrado e ilustrado, no por las vidas de todos los que llegaron a fracasar confiando en sus buenas obras, sino por la de aquellos que llegaron a sobresalir en el campo de la justicia moral. Hombres como el justo Job que llegan a exclamar: “Aunque me lavara con nieve... Tú me sumergirías en el hoyo”, o como el profeta Isaías, quien después de haber visto la gloria de Dios en el templo, cae a tierra y exclama: “¡Miserable de mí! ¡Soy indigno... soy hombre de labios impuros... mis ojos han visto al Rey, al Señor Dios de los ejércitos”; o como San Pablo exclama: “¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?” Cualquier justicia, cualquier moralidad, que no llegue a poner su confianza plena en los méritos de Cristo, quien murió por sus pecados, y cuya justicia llega a ser suya por la fe, es demasiado magra, demasiado corta y demasiado estrecha. Es, al fin y al cabo como una cama de tortura y no una cama para descansar.

Una vida que deja afuera el cielo

Un plan de vida que solamente considera este mundo, es indudablemente un plan demasiado corto y demasiado estrecho; y sin embargo es el plan de vida que nos hacemos todos los hombres. “Vivamos y comamos...”

Una persona amiga mía solía decirme, refiriéndose a ciertas otras personas: “Están tratando de obtener del mundo más de lo que en el mundo hay.” Tal plan no es suficientemente grande

para el hombre, por que, ¿qué es el hombre? . . . El hombre no es una hormiga, un insecto que se arrastra sobre las hojas del placer, ni un poco de polvo moreno surgido en el desierto, ni un buey que se alimenta con el pasto de la pradera, que ni piensa en Dios, ni en la vida futura, sino en sólo satisfacer la vida presente. El hombre es algo más grande que esto. El hombre es un hijo de Dios, hecho un poco menor que los ángeles, es la corona de la creación y tiene en sí un alma que es inmortal. Cuán malo, pues, cuán innoble es cualquier plan de vida que acomode al hombre solamente en este mundo. Cómo dijo Pascual en un pasaje que se ha hecho inmortal: "El hombre es una caña, la cosa más débil en la naturaleza. *Pero es una caña que piensa.* No necesita que se produzca un cataclismo para aplastarlo. Una sola gota de agua puede destruirlo. Pero aunque el universo, pueda aplastar al hombre, el hombre es más noble que el universo, porque él sabe que ha de morir, pero el universo no tiene conocimiento de su propio poder."

En su autobiografía W. H. Hudson, autor de "Días en la Patagonia", relata un incidente ocurrido en sus primeros días vividos en la América del Sur. El perro de la familia, César, había muerto y fué sepultado en un hoyo expresamente abierto para él. El maestro de la escuela miró a los niños que rodeaban aquel sepulcro y les dijo: "Esto es el fin. A cada perro le llega su día; y a cada hombre también. Moriremos como el viejo César y seremos sepultados en la tierra. Y todo se acabó." Esta es la cama en la que se acuestan todos los materialistas. Pero es una cama demasiado corta para el hombre en cuyo corazón ha puesto Dios el sentimiento de la eternidad.

Bismarck, el famoso Canciller de Hierro de Alemania, hablando un día con el embajador americano acerca de la inmortalidad, dijo: "No tengo la más mínima duda de la vida después de la muerte. Esta vida es demasiado mala, demasiado incompleta para que pueda satisfacer nuestras más elevadas aspiraciones y deseos. Ella es demasiado dura para poder ennoblecernos. ¿Debe ser en vano la lucha de la vida? Pienso que no. Yo creo en la perfección final. Para el creyente debe haber, estoy seguro de que hay, una vida mejor en compañía con Dios." Así que, la razón y el afecto testifican de la naturaleza inmortal del hombre.

En un sermón predicado en la antigua Antioquía de Pisidia y pronunciado ante una congregación que rechazó el Evangelio, los predicadores, Pablo y Silas, dijeron: "Puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles." ¡Cuántos hay que se sienten indignos de la vida eterna y se sumergen en los placeres, los gozos del mundo!

Una Gran Vida

¿Puedo preguntarles mis amados lectores, cuál es el plan que tenéis para la vida? ¿Es ese plan suficientemente ancho? ¿Está incluido en ese plan tanto el prójimo como ustedes mismo? ¿Habéis incluido en ese plan la eternidad y el tiempo? ¿Es un plan suficientemente profundo? ¿Están incluidos en ese plan sólo las ocupaciones temporarias y los gozos marchitables del mundo? o ¿están incluidos los poderes de la vida futura? ¿Es un plan verdaderamente amplio? ¿Incluye el maravilloso plan de Dios para la salvación del alma por la sangre de Jesucristo?

¿Está usted viviendo sin orar, sin concurrir a la iglesia para adorar, sin leer la Palabra de Dios, sin el compañerismo del Espíritu Santo? ¿Es su plan uno que no tiene cabida para oír las voces celestiales? Entonces usted tiene un plan demasiado estrecho, demasiado corto, demasiado superficial y muy pequeño para uno que ha sido hecho a la imagen de Dios.

Uno de los más grandes profesores que ha tenido nuestra juventud se dirigió a ella en el día de colación de grados con las siguientes palabras de San Juan: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo... porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre."

Forjemos para nuestra vida un plan que sea suficientemente ancho como para dar cabida a un sincero patriotismo, a la preocupación por el bienestar del prójimo, a la cruz salvadora a cuyo pie hemos lavado nuestros pecados y a la vida eterna. -
Amén.